

Dempsey, el hombre más bruto del mundo

New York, setiembre 15

ANTE la pelea Dempsey-Firpo, el Continente se ha estremecido como si fueran a chocar los Andes contra las Montañas Rocallosas en una catástrofe cósmica, semejante a la del Japón. Y sin embargo, no era para tanto; si algún americano o sajón hubiera ido a México a competir con Gaona o Silveti, a matar toros mexicanos, hubiéramos sonreído con infinitamente mayor desprecio de como han sonreído los americanos ante Firpo, aspirando, sin preparación alguna al campeonato mundial de box. Es que el box es un deporte absolutamente sajón, el idóneo para las cualidades de la raza fría, prudente y calculadora. En el box no hay heroísmos a base de valor, sino problemas de mecánica dinámica, triunfos fríos a fuerza de impactos y resistencias del dominio de la maquinaria o sea que de las estructuras con materiales de construcción han sido transportados a los nervios, los músculos y los huesos del cuerpo humano.

No hay en este deporte inteligencia ninguna como hay en la esgrima latina o en el jiu jitsu japonés. Esto es tan cierto que no existe animal alguno que tire esgrima ni juegos de jiu jitsu y hay kanguros boxeadores. Brisbane, periodista americano, repite a cada instante que un chimpancé podría derrotar a Dempsey y un gorila a diez campeones juntos; pero a nadie se le ha ocurrido que algún animal pueda derrotar a algún esgrimista o a un jitjitsuita japonés practicando estas artes, ni tampoco burlar toros y jugar con ellos como un mediano torero. La actividad de golpear con manos y pies es pies, cosa de cuadrumanos o de cuadrúpedos. El florete, la lucha japonesa, toda inteligencia y conocimiento anatómico del cuerpo humano, son cosas en que interviene el espíritu que es sólo de los hombres. Para golpear con manos o pies no se necesita más que la fuerza bruta y un ejercicio obstinado. Una mula mañosa superior, en ese sentido, a un caballo de carrera, hace mucho tiempo abdicó en favor de los antropoides que se llaman boxeadores profesionales, la facultad de patear o manotear que para el caso, es absolutamente idéntico.

Por todo lo expuesto, no concedí jamás importancia a la derrota de Firpo, prevista en mis crónicas desde hace varios meses. Jamás ví en Firpo, buen muchacho «obligado a pistón» por una patriotería inocente y extraviada, un representante de las virtudes de mi raza. Todos sus triunfos

pugilísticos aún después de haber vencido a Dempsey hubieran conmovido mucho menos mi orgullo racial que un solo verso de Lugones. Tampoco los triunfos de Dempsey me han hecho jamás admirar a esta nación de quien admiro y envidio las bibliotecas, los museos y ciertas virtudes cívicas y sociales y el estro de alguno de sus poetas mucho menos popular que Dempsey (se llamó Edgar Poe y murió casi ignorado y miserable). En cambio detesto ese espíritu troglodita y gregario en virtud del cual la cultura espiritual, la verdadera, la artística y literaria, lucha desesperadamente por alentar y ser reconocida como un fin social y, en cambio, el pugilista patán y estólido es aclamado, es idolatrado hasta el fanatismo, ignominiosamente.

Algún día del futuro, no muy lejano, se recordará como un crimen de lesa humanidad que trabaja ocho horas dentro de las minas de carbón y se vuelve tísica en las fábricas, el hecho de que ayer, 14 de setiembre de 1923, el puñeteador Dempsey haya recibido medio millón de dólares por abofetear a Firpo, muchachote buenazo que no tiene la culpa de haber sido convertido en símbolo racial por un grupo de ilusos y arrojado como carnaza a las fauces de Dempsey, «caimán cebado» del ring, para enriquecer a éste, y a Tex Rickard, que en asuntos de box y en buen español es lo que se llama «un tagarote».

Pero quizás ni Dempsey ni Tex Rickard, el empresario, ni Firpo tienen la culpa de nada. Sin quizás, el público, el «gran galeoto», el monstruo, es el culpable de todo. Ayer en la noche y los días anteriores ha gritado: «Dempsey y Firpo», como en la antigua Roma gritaba: «pan y circo». Fué ese público que pugnó por pagar un millón y medio de dólares para ver la pelea, la menos «short» que pudiera combinarse, porque todos los que entendemos más o menos de box sabíamos que Dempsey vencería a Firpo,

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

usando el gráfico proloquio vulgar, «como quien roba a un borracho». Aquí llaman a eso: «quitarle su caramelo a un niño». Todos los escritores lo sabían y lo dijeron; Dempsey y Tex Rickard lo sabían y lo callaron, como que el silencio que en muchos casos es oro, en este valía más de un millón de dólares. Otros lo sabían y pagaron y fueron a ver la pelea como aquel borrachín a quien le decían: «no tomes alcohol, porque puede ser de madera», y el, resignado fatalmente contestaba: «¿pero cuál he de tomar, si no hay otro?». Algunos más, fueron como los taurófilos que sólo van a la plaza esperando ver una cogida, perversamente. Pero aquí el cogido y ferozmente, fué el toro, el Toro Salvaje de las Pampas. El marrajo, el «de sentido», el «que sabía más que un abogado», fué el matador Dempsey en compañía del director de cambio de suertes, Tex Rickard, el tagarote. Los villamelones fueron los que creían que Firpo triunfaría y que su triunfo sería un prestigio para la América Latina. Yo fuí a ver ese «asesinato con guantes» por puro deber profesional, seguro del golletazo. Pero una hora antes de la «corrida» he estado en «Orientalia», centro de cultura, conversando con la famosa artista comedionista Ruth St. Denis, y un americano me preguntó:

—¿Espera usted que Firpo triunfe, señor Tablada?

—No; absolutamente.

—¿Ni lo desea usted?

—Tampoco, porque eso equivaldría a que un latino-americano fuese el hombre más bruto del mundo.

Si después de estas razones no se consuelan los partidarios de Firpo, es porque no quieren consolarse. Una profecía a largo plazo: si como tiene derecho Firpo dentro de un año, después de un entrenamiento inteligente hecho por americanos que entienden de box, pide a Dempsey un «return match» o pelea de desquite, Firpo será oficialmente «el hombre más salvaje del mundo», es decir, campeón mundial de box. En realidad, ayer en la noche hubo un minuto en que el heroísmo latino, que tiene alas de milagro, pareció bajar rasgando el cielo para coronar de laurel las sienes de Firpo. Fué cuando arrollado por una formidable embestida del argentino, el campeón Dempsey fué a caer más allá de las cuerdas del ring con las cuatro patas al aire...

JOSÉ JUAN TABLADA

(Excelsior. México. D. F.)

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.